

Cristo, el mismo ayer, hoy y siempre

Carlos Casale Rolle*

Jesús de Nazaret. Primera parte: Desde el bautismo en el Jordán hasta la transfiguración¹: libro escrito por el papa Benedicto XVI, que reseñamos en sus intenciones fundamentales.

El Papa nos invita no tanto a buscar “fórmulas” en su libro que puedan luego ser aplicadas a la realidad, sino más bien a dejarnos interpelar por la presencia pneumática, en el Espíritu, de Cristo *en esta* realidad, en los “signos de los tiempos”.

La obra que a continuación presentamos constituye, en palabras del reconocido exegeta alemán Thomas Söding, una auténtica “revolución” por ser la primera vez que un Papa escribe un libro con pretensiones científicas sobre Jesús². No se anuncia en este ningún nuevo dogma, sino que Benedicto XVI afirma que lo que aquí ofrece es una meditación, es decir, un fruto de un largo camino interior como teólogo que invita a la discusión y a la crítica: “No necesito decir que este libro de ninguna manera implica un acto magisterial, sino únicamente es expresión de mi búsqueda personal (*persönlichen Suchens*) hacia el rostro del Señor (Sal 27,8). Siéntase cada uno libre de contradecirme. Le solicito a las lectoras y lectores una disposición de simpatía, sin la cual no hay comprensión”.

Respecto del género literario, hay que señalar que no es estrictamente ni una catequesis ni una prédica ni una biografía (en el sentido del género “vidas notables” o “vidas ejemplares”), sino una meditación teológica sistemática y bíblica sobre la figura de Jesús de Nazaret, una persona que dijo y sigue diciendo algo fundamental para la constitución de la verdadera humanidad. A pesar de que esta obra no constituye un pronunciamiento magisterial, como ya indicamos, sino que Benedicto XVI, pastor y creyente, se expone como teólogo, el Pontífice igualmente ejerce así su rol central como seguidor y representante de Pedro: ofrecer, testimoniar la figura de Jesús

* Profesor de la Facultad de Teología UC.

como don de la humanidad plena al hombre a través de “argumentos” que apelan a la fe y a la razón.

Creemos que el libro se puede leer teniendo en cuenta dos niveles complementarios.

El primero dice relación con lo que este texto significa como *acontecimiento epocal*: ¿qué significa, cuáles son los alcances del hecho de que el Papa escriba un libro que se transforma rápidamente en un éxito de ventas, y que ponga al centro de la discusión teológico-eclesial actual, con gran repercusión pública, la figura de Jesucristo?

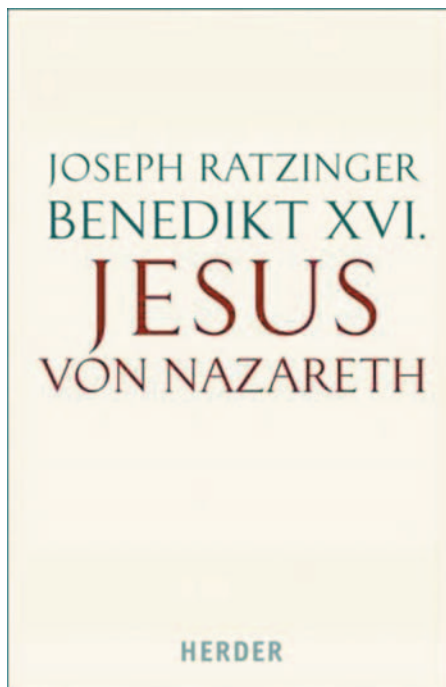
El segundo nivel se relaciona con el contenido mismo del texto, pues, más allá de los bellos comentarios y meditaciones sobre la persona de Jesús a partir de los textos bíblicos que finalmente examina el autor, ¿se puede hallar una intención más profunda, el “hilo de Ariadna”, que a nuestro juicio es la pretensión de mostrar la relevancia de la continuidad entre el Cristo *de ayer, hoy y siempre*? ¿No será, como se expresa en el prólogo, que el libro tiene como una de sus metas fundamentales meditar sobre la *unidad* entre el “Cristo histórico” y el “Cristo de la fe”?

UNA BREVE SINOPSIS

La edición alemana original que manejamos tiene 443 páginas. Luego de un prefacio y una introducción, prosigue en diez capítulos muy bien articulados. Una rica tabla de literatura secundaria (con una notoria preeminencia de obras alemanas) nos habla tanto de la sapiencia exegética y teológica del Papa, como del carácter científico de su aproximación.

El prefacio y la introducción nos indican cómo el Papa se acerca con confianza crítica a los resultados de la exégesis contemporánea. No tiene problema en reconocer los impulsos de la teología y exégesis evangélica. Su convicción es clara: se ubica en la línea exegética del destacado biblista germano Rudolf Schnackenburg³. Hay así una positiva valoración de la exégesis actual, pues ésta ha entregado elementos lingüísticos y hermenéuticos que permiten hacer contemporánea la figura de Jesús de Nazaret en toda su vivacidad y profunda pertinencia en relación con el contexto actual, a diferencia de un tipo de exégesis de tipo decimonónico menos abierta y sensible

No es estrictamente ni una catequesis ni una prédica ni una biografía, sino una meditación teológica sistemática y bíblica sobre la figura de Jesús de Nazaret, una persona que dijo y sigue diciendo algo fundamental para la constitución de la verdadera humanidad.



a estas posibilidades. El autor quiere además transitar más allá de la simple interpretación “histórico-crítica” en pos de nuevas convicciones sistemáticas que permitan una interpretación *teológica* de la Biblia y de su “personaje central” y recopilador, Jesucristo.

En este sentido es muy importante preguntarse qué significa para mi *hoy fáctico*, en cuanto ser social que habita un cosmos, el *disclousing* sobre la realidad entera que produjo Jesucristo. Con ello se supera una mera aproximación historicista-positivista a la Biblia (muy *naive*, por cierto), y se toma en cuenta la historia determinada ahora por el “*factum historicum*” de la encarnación como problema hermenéutico decisivo, al decir del papa Benedicto en el prólogo.

Los diez capítulos tratan del camino de Jesús, sobre todo a través de su vida pública: el bautismo, las tentaciones, el Evangelio del reino de Dios, el Ser-

món del monte, la oración a su Padre/el “Padre nuestro”, la elección de los discípulos, los seguidores, las parábolas, las grandes imágenes del Evangelio de Juan (agua, los viñateros, la viña y el vino, el pan, el pastor). Dos importantes hitos en el libro lo son la confesión de Pedro (el lector podrá colegir el porqué de su importancia en relación con el “cargo”, o mejor dicho, “misión de servicio”, que ocupa su autor) y la transfiguración.

Finalmente, se concentra en las importantes autointerpretaciones de Jesús: Hijo del hombre, el Hijo, “Yo soy”. El papa Benedicto sabe que estas tres *palabras* son a la vez revelación y ocultamiento (como toda auténtica *aparición* de la verdad): “*Estas tres expresiones demuestran su profundo enraizamiento en la Palabra de Dios, la Biblia de Israel, el Antiguo Testamento. Estas tres expresiones, en todo caso, adquieren su significado pleno sólo en él; ellas, por así decirlo, lo han esperado a él. En estas tres*

¹ Hemos utilizado la edición alemana, que es el idioma en que se escribió este libro, *Jesus von Nazareth. Erster Teil: Von der Taufe im Jordan bis zur Verklärung*, (ed. Herder), Freiburg i. Br. 2007, 443 pp. (= *Jesús de Nazaret. Primera parte: Desde el bautismo en el Jordán hasta la transfiguración*). La edición española está prometida para el segundo semestre de este año. El Prefacio ya fue prestado parcialmente en *Mensaje*, marzo-abril (2007), 63-64. El Papa señala que espera publicar la segunda parte del libro lo más pronto posible, donde tratará la pascua de Jesús y las acciones postpascuales del Señor resucitado, Pentecostés y el nacimiento de la Iglesia, como también la historia de la infancia; también desarrollará el credo apostólico de la Iglesia naciente, con la intención de mostrar la continuidad interna entre el Cristo histórico y el de la fe.

² El Cardenal Martini señala al respecto: “Es la primera vez en que aparece un libro de un Papa que afronta directamente un tema tan arduo y amplio como la vida entera de Jesús y el significado de su obra” (“*Gesù di Nazaret*” di Joseph Ratzinger- Benedetto XVI, *La Civiltà Cattolica*, 3768 [2007], 533-537).

³ Con Schnackenburg el Papa tiene en común la convicción de que el método histórico-crítico, a pesar de su indispensabilidad, por sí solo no basta para comprender la plena identidad de Jesús. En 1969 ambos asistieron en Roma a la primera reunión de la Comisión Teológica Internacional.



¿No será esta preocupación por la vida verdadera y auténtica y la convicción en la misión eclesial de enseñar y testimoniar al Cristo “de ayer, hoy y siempre” una de las motivaciones centrales del Papa, que hace que su libro supere los géneros biográficos y ejemplar, y nos confronte teológica y cristológicamente con nuestra vida bajo las condiciones del mundo actual?

palabras se manifiesta la originalidad de Jesús, su novedad, su carácter exclusivo, para la cual no hay derivaciones ulteriores. Estas tres palabras son entonces, sólo posibles en sus labios”.

Este libro no se presenta así como una biografía o una nueva obra sobre la vida de Jesús en el sentido de la “teología liberal” alemana, sino más bien como las estaciones internas y externas de la vida y obras de Jesús.

LA PERSONA DE JESUCRISTO Y LA “JERARQUÍA DE VERDADES”

Resulta llamativo que los escritos más importantes y significativos de Benedicto XVI versen sobre el amor (*Deus caritas est; Sacramentum caritatis*) y la persona de Jesucristo, pues esto arroja luz sobre el talante teológico de su pontificado: los más importantes aspectos del cristianismo, su *identidad* (la verdadera imagen de Dios y del hombre revelada en Cristo por el Espíritu en la historia de salvación) y *relevancia* (el amor cristológico, el amor *pro-activo* hacia otros que transforma el mundo hacia su designio creacional) están al centro, y desde aquí se construye y ordena el resto.

En este sentido, el quehacer teológico del Papa está en plena sintonía con el Concilio Vaticano II, que en el decreto sobre el ecumenismo *Unitatis redintegratio* n°11 señala:

“...al comparar las doctrinas, recuerden que existe un orden o ‘jerarquía’ en las verdades de la doctrina católica, ya que es diverso el enlace de tales verdades con el fundamento de la fe cristiana”. El Concilio señala que esta jerarquía se construye en torno al “misterio de Jesucristo”.

En un reciente comentario al Concilio Vaticano II, el teólogo de Tübingen B. J. Hilberath afirma⁴, a propósito del texto recién aludido, que en relación con el “orden jerárquico de las verdades” (también llamadas “realidades”) cristianas, en primer lugar está la unidad de fe en Cristo, nuestro redentor, el Hijo del Dios viviente. Por consiguiente, a partir de este “dogma fundamental”, todos los demás dogmas pueden ser deducidos, con lo que se abre así con los “hermanos separados” un diálogo desde lo que une. A partir de este “fundamento”, se interpreta y jerarquiza en segundo lugar -con un carácter ciertamente “pedagógico”-, el mundo eclesial y de los sacramentos y, en tercero, el ámbito jurídico disciplinario. Cristo mismo, a través de la acción del Espíritu, nos revela el misterio de Dios y, con ello, del hombre. Cristo es de este modo la “*pedra angular*”, la base de la fe, con lo que la revelación misma determina la reflexión de fe y la teología, que están así a su servicio. Por consiguiente, la revelación misma establece los criterios de las formulaciones eclesiales y su gradación.

Con respeto a lo anterior surge pues la interrogante: ¿en qué medida la estructuración sacramental, jerárquica y disci-

⁴ Cf. *Unitatis redintegratio*, en: P. Hünermann/B. J. Hilberath (eds.), *Herders Theologischer Kommentar zum Zweiten Vatikanischen Konzil*, vol. 3, Friburgo 2005, 149-157.

plinar de la Iglesia *transparenta* eficazmente la presencia del fundamento del cristianismo, Jesucristo (Él es la “luz de los pueblos” como se titula la constitución del Vaticano II sobre la Iglesia *Lumen gentium*)?

Así se hace evidente al lector que este libro expresa la convicción de que el cristianismo no es primariamente un sistema ético-dogmático estático de proposiciones de fe y reglamentos morales⁵, que pueda ser caracterizado bajo la idea de *sustancia* de la neoescolástica. Mas bien, ante todo, es una persona concreta y singular que invita a una comunidad de “seguimiento”, la Iglesia (un filósofo como Schelling, que al igual que el Papa también enseñó en Tübingen, decía en su *Filosofía de la revelación*: “...el auténtico contenido del cristianismo es únicamente la persona de Cristo... Cristo no es el maestro, como suele decirse, Cristo no es el fundador, él es el contenido [*Inhalt*] del cristianismo”).

Este es un seguimiento que se presenta como una invitación a nuestra razón: sin renunciar a nuestro entendimiento y a nuestra “razón crítica”⁶, la figura de Cristo -quien nos manifiesta que la “dignidad del hombre se garantiza a partir de la dignidad de Dios”- se ofrece como anticipación de verdadera humanidad, de “humanidad más justa”, como le gusta decir al Papa. Se trata de un más auténtico ser persona, de las posibilidades de una vida más lograda y plena, de “coordenadas” para caminar hacia el ser humano verdadero.

De esta manera, esta obra rica en aspiraciones de gran envergadura sistemática y en bellos pasajes que incitan nuestra piedad y espiritualidad, es también -y yo diría, ante todo- una obra auténticamente misionera⁷, en el sentido de un *envío* que no toma al mundo, sus condiciones del saber, como algo negativo con respecto a lo cual se predica la salvación (salvarse-de), sino como un “ámbito de inserción” que es capaz de reconocer en aquella figura, Jesucristo (Él es la salvación), el paradigma, el *framework* (como dice el destacado teólogo inglés C. E. Gunton) de toda verdadera medida (*ordo*) de justa humanidad.

Esto, por cierto, hace que el lector se pregunte, entonces, por las condiciones de posibilidad de una auténtica misión hoy en día bajo los parámetros de la modernidad. Así, la cristología, como la disciplina que se pregunta sobre el ser y el actuar de Cristo, nunca se podrá presentar como algo acabado, como un contenido que se pueda “absolutizar”, pues siempre las condiciones del presente, los “signos de los tiempos” (Cristo es “el signo de los tiempos”, según el Nuevo Testamento, que se hace presente a través del Espíritu), nos señalarán, me revelarán, qué es la misión y con ello el ámbito de interpretación eclesial sobre la figura de Jesucristo.

Por consiguiente, el Papa nos invita no tanto a buscar “fórmulas” en su libro que puedan luego ser aplicadas a la



Pietro Perugino, Bautismo de Cristo (detalle), 1482.

“No le hacen justicia al libro los juicios que expresan que éste se debe, en gran parte, a dar respuesta a algunos problemas suscitados en el último tiempo en torno a la veracidad de la figura de Jesús de Nazaret y a su carácter humano-divino”

realidad, sino más bien a dejarnos interpelar por la presencia pneumática, en el Espíritu, de Cristo en esta realidad, en los “signos de los tiempos”. Un Cristo que a través de sus “hechos y dichos” reveló el sentido y destino del acontecer de la creación, el mundo y la humanidad en torno al ser-para-otros y al amor (en el capítulo cuarto, cuando habla de las bienaventuranzas, el Papa señala el rol de los “pobres” para una correcta interpretación del mensaje sobre el reino).

Por lo señalado, no le hacen justicia al libro los juicios que expresan que éste se debe, en gran parte, a dar respuesta a algunos problemas suscitados en el último tiempo en torno a la veracidad de la figura de Jesús de Nazaret y a su carácter humano-divino (por ejemplo, *Código Da Vinci*, *El Evangelio de Judas*, el programa de Cameron sobre la tumba de Jesús,

⁵ El Cardenal Martini señala al respecto que “el autor [Benedicto XVI] muestra que sin la realidad de Jesús hecha de carne y sangre, el cristianismo se vuelve un simple moralismo y un asunto del intelecto” (*op. cit.*)

⁶ La convicción sobre lo central del cristianismo que señala el Papa, está a su vez modulada por otra idea fundamental que Benedicto ha expresado sobre todo en la ya célebre Conferencia de Ratisbona (Regensburg): la razón y la fe se requieren. Son una *en* la otra. Esto implica que toda argumentación cristológica vea en la razón un requerimiento positivo a la fe ¿por qué Jesucristo me construye como hombre adulto dotado de razón y uso de la libertad?

⁷ En la “Homilía” de Aparecida se refería el Papa, en una frase que puede servir como ayuda interpretativa del libro que aquí comentamos, a que el “El Nuevo Testamento nos presenta a Cristo como misionero del Padre”. Es decir, quien quiera seguir a Cristo, encontrarle, llegar a él, no puede hacerlo desde una posición “estática”, sino caminando con él, con estilo misionero; esto es, abriéndose a las condiciones contextuales de la misión de forma proporcional, en el Espíritu, a cómo lo estuvo Jesús.



Rafael Sanzio, La Transfiguración, 1518.

Quien pretenda ver a Cristo sólo en el pasado no lo hallará, y quien lo quiera tener sólo hoy tampoco lo encontrará. Ya desde su mismo origen le pertenece el *era, es y vendrá*. Esta prerrogativa sobre todas las dimensiones del tiempo descansa una vez más en su conciencia de que su vida terrena era una salida del Padre y al mismo tiempo una permanencia en Él.

etc.). Esta obra, que no presenta descubrimientos arqueológicos, tiene su origen en una idea del Papa actual arraigada desde sus inicios como profesor. De esta manera, este libro se ubica en una larga tradición de ensayos teológicos de los cuales su autor se siente heredero creativo: *“En mis tiempos de juventud -en los años treinta y cuarenta- fue publicada una serie de libros sobre Jesús: Karl Adam, Romano Guardini... En todos estos libros la imagen de Jesucristo fue delineada a partir de los evangelios: cómo vivió sobre la tierra y cómo, siendo enteramente*

hombre, al mismo tiempo les llevó a Dios a los hombres, con el cual, en cuanto Hijo, era una sola cosa. Así, a través del hombre Jesús, se hizo visible Dios y a partir de Dios se pudo ver la imagen del hombre justo”.

Así pues, este libro es expresión de un antiguo deseo y una profunda idea de presentar lo central del cristianismo⁸.

IDEA DIRECTRIZ: PRESENTAR A CRISTO, EL MISMO AYER, HOY Y SIEMPRE

Creemos que uno de los objetivos más importantes del libro está en presentar a “Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre” según la expresión del autor de la *Carta a los Hebreos*. Esta es la confesión de todos aquellos testigos que lo han conocido en su existencia terrena, palestina, y lo han visto resucitado. Esto tiene como consecuencia que a Jesucristo lo podremos conocer hoy adecuadamente sólo si lo entendemos en continuidad con el Cristo de “ayer” y si a través del Cristo de “ayer” y de “hoy” somos capaces de percibir al Cristo eterno. Si somos consecuentes con la categoría de “encuentro”, con Cristo éste supone siempre las tres dimensiones del tiempo, así como la superación (¡no abolición!) de lo temporal hacia aquello que constituye a la vez su origen y su destino (el amor de Dios). Si nos queremos poner en búsqueda del Jesús verdadero, en el sentido del libro que comentamos, deberemos estar dispuestos a cubrir existencialmente este amplio espacio.

En general, a Cristo lo encontramos ante todo en el “hoy”: en la manera cómo él se hace presente, cómo lo ven y lo entienden los hombres, cómo orientan radicalmente sus existencias según él o en contra de él, cómo se traduce (interpreta) hoy su palabra y su obra.

Ahora bien, en su libro, el Papa invita a que todo esto no permanezca en un mero saber de segunda mano, de oídas. Si, por el contrario, queremos que se constituya verdaderamente en un saber real sobre Cristo, debemos dar un paso hacia atrás y preguntarnos: ¿de dónde viene todo esto?, ¿quién era verdaderamente cuando vivía como hombre entre los hombres? Deberemos prestar atención a las fuentes -un problema muy complejo, que el Papa enfrenta en diálogo con la exégesis actual- que testifican acerca de los orígenes y que pueden por ello corregir nuestro “hoy” allí donde nos descaminen nuestras propias ilusiones, pretensiones ideológicas y proyecciones. Lo que podríamos denominar un proceso hermenéutico, interpretativo, el sometimiento a la voz de las fuentes, la disponibilidad de liberarnos de nuestros sueños -en la medida en que estos anquilosan lo que se expresa en la vida- y a prestar oídos a la realidad en su revelación fenoménica, es condición imprescindible para todo verdadero encuentro. Un encuentro exige la ascética de la verdad que, más allá de la definición de lo verdadero

⁸ Desde siempre fue un anhelo para Ratzinger llevar a cabo la empresa de escribir este libro que aquí reseñamos, el que se fue fraguando desde que, junto con su colega de Regensburg (Ratisbona) J. Auer, editaron una “Breve dogmática católica”. Dentro de esta obra, esperaban escribir juntos el volumen dedicado al “Misterio de Cristo”. Esta parte de la dogmática la tuvo que completar finalmente Auer, pues Ratzinger fue llamado al obispado de München-Freising y ya no tuvo tiempo para aquello. Luego, son conocidos los pasajes de su vida que no fueron los más generosos en darle a Ratzinger el tiempo propicio para escribir una obra como la que aquí presentamos.

como la mera “adecuación” entre la realidad y el intelecto, se presenta, en el caso de Jesucristo, como testimonio del Testigo absoluto, como “revelación”, como “descubrimiento” de cotas de humanidad cada vez más altas y logradas (divinización), que apela a mi más honda estructura de ser creado como oyente de la Palabra, como *capax Dei* – la idea de la *potentia obediencialis* de la escolástica. La humildad del oír y del ver se presenta así como condición de posibilidad para una percepción real.

Quien conoce la teología de Ratzinger y la trae a colación para iluminar estas meditaciones que estamos comentando sobre la persona de Jesucristo, se da cuenta que, en sordina, el autor advierte sobre un peligro que ha asumido progresivamente formas verdaderamente dramáticas a lo largo del desarrollo de la teología en la época moderna. La teología moderna comienza con la Ilustración orientándose hacia el Cristo “ayer”. El Siglo de las Luces hace suya esta idea de manera sistemática y radical: el Cristo real lo es sólo el Cristo de ayer, el Cristo histórico, todo el resto es fantasía posterior. Cristo es sólo y nada más que lo que era. La búsqueda del Jesús histórico evidentemente reduce a Cristo al pasado. Le niega el *hoy* y la eternidad. No es necesario describir ahora el proceso a través del cual la pregunta de quién fue Cristo

en realidad fue relegando paulatinamente al Cristo paulino y al Cristo joaneo hasta terminar finalmente por desacreditar incluso al Cristo de los sinópticos, para ir hacia atrás, cada vez más atrás, con la pretensión de dibujar al Cristo que realmente fue y que paradójicamente aparecía tanto más ficticio (y abstracto!) cuanto más auténtico debía ser gracias a su rigurosa fijación en el pasado.

Quien pretenda ver a Cristo sólo en el pasado no lo hallará, y quien lo quiera tener sólo hoy tampoco lo encontrará. Ya desde su mismo origen le pertenece el *era, es y vendrá*. Como viviente siempre fue también el viniente. El mensaje de su vida y de su permanencia es elemento esencial de su figura. Esta prerrogativa sobre todas las dimensiones del tiempo descansa una vez más en su conciencia de que su vida terrena era una salida del Padre y al mismo tiempo una permanencia en él (para ello son especialmente interesantes los capítulos 5, 8 y 10); en

otras palabras, de haber introducido y unido la eternidad con el tiempo. Si nos rehusamos a una existencia que abarque todas estas dimensiones no lo podremos encontrar. Quien conciba el tiempo sólo como “*chronos*” y lo viva como un mero “instante fugaz” se aparta en su base misma de lo que la figura de Jesús

es y quiere representar. El conocer tiene algo de camino, como el Ulises de Homero y de Kavafis. Quien niegue la posibilidad de una existencia sobre estas amplias coordenadas, rehúsa en realidad acceder a las fuentes que nos invitan a este viaje del ser, que será siempre viaje del conocer.

De esta manera el encuentro inicial con Cristo se realiza en el “*hoy*”. En efecto, sólo se lo puede encontrar porque él es un “*hoy*” para muchas personas y por lo mismo tiene verdaderamente un “*hoy*”. Pero para que yo pueda acceder al Cristo total y no sólo a una parte captada más o menos accidentalmente, debo prestar oídos al Cristo de ayer tal como se manifiesta en las fuentes, particularmente en la Sagrada Escritura. Si luego le presto la debida atención, sin que una visión dogmática cualquiera del mundo me lleve a mutilar su figura en algún aspecto esencial, entonces lo veré abierto al futuro, lo veré viniendo de la eternidad que abraza al mismo tiempo pasado, presente y futuro. Siempre donde se tuvo y vivió esta visión integral, Cristo fue

siempre y cabalmente un “*hoy*”. Poder efectivo sobre el “*hoy*” y en el “*hoy*” lo tiene solo lo que echa raíces en el “*ayer*” y posee fuerzas de crecimiento hacia el “*mañana*” y está, por encima de todo tiempo, en relación con lo eterno. De esta forma fue como plasmaron las grandes épocas de la historia de la fe su propia imagen de Cristo. Así fue como pudieron verlo siempre nuevo a partir del propio “*hoy*” y precisamente así han conocido al “Cristo ayer, *hoy* y siempre”.

Nosotros creemos que -es nuestra hipótesis- tanto desde el punto de vista de la metodología como de la idea directriz que guía los análisis del Papa, se llega a la siguiente interrogante: ¿qué hacer con cada imagen actual de la figura de Jesús llamada a iluminar al hombre de hoy? Cada una de estas imágenes traduce un aspecto esencial de la figura de Jesús. Cada una plantea cuestiones fundamentales: ¿Qué es la libertad? ¿Dónde encontrar el camino que conduzca a la verdadera libertad, a



Los ejemplos de San Francisco y Teresa de Calcuta que toma el Papa en este libro son claros: han mostrado que la opción de perder la vida es la imagen justa del hombre y su felicidad, “... en una palabra, la verdadera ‘moral’ del cristianismo es el amor, y eso, obviamente se opone al egoísmo”

EN SINTONÍA CON APARECIDA...

Leyendo esta obra en sintonía con las palabras recientes del Papa en Aparecida, surge una serie de preguntas sobre la misión de la Iglesia.

Si ésta se constituye al testimoniar la presencia salvadora del Hijo de Dios en el mundo a la luz del Espíritu Santo, este testimonio debe dar pistas y coordenadas de una vida más lograda y plena en medio de las grandes interrogantes que plantea la modernidad:

¿qué es una vida verdadera?

¿qué significa la búsqueda de la democracia y la justicia?

¿cuáles son los peligros del liberalismo económico?

¿qué es la realidad?

¿cómo se construye la persona de forma libre y autónoma?

¿cuáles son los desafíos de la familia hoy?

¿cómo se colabora para erigir una cultura al servicio de la vida?

¿qué significa defender la vida en todas sus etapas, desde la concepción hasta la muerte?

¿qué rol juega frente a la doctrina de la creación la preocupación ecologista hoy en día?

¿cómo combatir las estructuras injustas?

¿quién es mi "Samaritano hoy", como se pregunta el Papa en el capítulo siete?

¿cómo afrontar de forma madura dentro de la Iglesia la pregunta por la globalización?

la auténtica "tierra prometida" de la existencia humana? ¿En qué consiste la bienaventuranza de la pobreza? ¿Qué debemos hacer para que los demás y nosotros mismos alcancemos esta bienaventuranza? ¿Cómo podemos apropiarnos el "ser-para" de Cristo y a dónde nos conduce? Cada una de estas interrogantes es actualmente objeto de un áspero debate, que será fructuoso siempre que se evite la tentación de hallar la solución sólo a partir del *hoy* y que sea capaz de mantener la mirada fija en el "Cristo ayer y siempre".

Con respecto a esto último, el Papa tiene presente aquella palabra fundamental del Cristo joánico "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Jn 14, 6). La idea del camino está en clara relación con el tema del Éxodo. La vida se ha convertido en una palabra clave de nuestro tiempo debido a las amenazas de una "civilización" de la muerte que es, en realidad, la pérdida de toda civilización y de toda cultura; el motivo del "existir para" se recomienda en este caso a sí mismo. La "verdad", por el

contrario, no pertenece a los conceptos más en estima hoy por hoy. A la verdad se la asocia con intolerancia y se la considera, por lo tanto, opresión más que promesa. Pero precisamente por esto es importante preguntar por la verdad y dejarnos cuestionar en este sentido a partir de Cristo.

REFLEXIONES FINALES

En su Homilía y Discurso Inaugural de la V Conferencia de Aparecida, el Papa convocaba a un tipo de misión que fuera servidora de la vida en nuestro Continente. Esto nos lleva al final de esta reseña a un pasaje muy bello del Evangelio de Lucas (9, 22-27) citado al inicio del capítulo nueve, que trata de dos momentos muy importantes del camino de Jesús: la confesión de Pedro y la transfiguración. En el párrafo primero de ese capítulo, en que se habla de la confesión de Pedro, Benedicto introduce este pasaje lucano que marca, a nuestro juicio, un talante de todo el libro, pues la misión del Papa es, como seguidor de aquel apóstol, modular lo más nítidamente posible la misión de la Iglesia como servidora de la vida en Cristo.

Según el Deuteronomio, escoger a Dios significa amarlo, entrar en comunión de pensamiento y de voluntad con Él, confiar en Él, encomendarse a Él, seguir sus caminos. La liturgia del jueves que sigue al miércoles de ceniza une el texto del Deuteronomio con el pasaje del Evangelio de Lucas ya citado, es decir, con el anuncio de la pasión de Jesús, con el cual él corrige el falso concepto que Pedro tenía del Mesías, y de este modo rechaza la tentación de la falsa elección, la tentación por excelencia (ver especialmente el segundo capítulo del libro). Después el Señor nos dirige este anuncio respecto a su camino y nos muestra cómo podemos escoger la vida: "Porque si uno quiere salvar su vida, la perderá; en cambio, el que pierda su vida por mí, la salvará". A ver, ¿de qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se malogra a sí mismo? (24-25). La cruz no tiene nada que ver con la negación de la vida, de la alegría y de la plenitud del ser humano. Al contrario, nos muestra exactamente la verdadera forma de encontrar la vida. Quien se obstina y quiere apoderarse de la vida, la pierde. Sólo el perderse a sí mismo es el camino para encontrarse a sí mismo y para encontrar la vida. Cuanto más osadamente los hombres se han atrevido a perderse, a entregarse totalmente, tanto más aprendieron a olvidarse, tanto más grande y más rica ha llegado a ser su vida.

Los ejemplos de San Francisco y Teresa de Calcuta que toma el Papa en este libro son claros: han mostrado que la opción de perder la vida es la imagen justa del hombre y su felicidad, "...en una palabra, la verdadera 'moral' del cristianismo es el amor, y eso, obviamente se opone al egoísmo" (ver el párrafo primero sobre las bienaventuranzas del cuarto capítulo sobre el Sermón del Monte).

Por lo tanto, las imágenes, los testimonios que personas hacen así del "testigo absoluto" se transforman en hitos, en sendas, que nos señalan el camino hacia la vida, porque nos muestran a Cristo. De ellos podemos aprender a escoger a Dios, escoger a Cristo y escoger, entonces, la vida.

¿No será esta preocupación por la vida verdadera y auténtica

y la convicción en la misión eclesial de enseñar y testimoniar al Cristo “de ayer, hoy y siempre” una de las motivaciones centrales del Papa, que hace que su libro supere los géneros biográficos (muy centrados en los datos “crudos”) y ejemplar (concentrado en la dimensión moral del personaje, de *su propia* santificación) y nos confronte teológica y cristológicamente (la pregunta por la condición, el sentido último de nuestra existencia fáctica) con nuestra vida bajo las condiciones del mundo actual?

El Papa invita de esta forma a una lectura adulta de su libro, lo que significa que éste debe ser capaz de provocar preguntas e inquietudes sobre lo que significa Jesucristo para la concepción del ser persona, de la sociedad, de la Iglesia, etc.

Todas las interrogantes que se pueden plantear ante la modernidad afrontan la necesidad de una cristología en diálogo con las preguntas del hombre actual, y esto no sólo por una simple acomodación a los dictados de la razón moderna, sino -como lo pide la *Constitución Gaudium et Spes* del Vaticano II- porque de alguna manera estas preguntas son nuestras, pues en la encarnación el Hijo “se ha unido, en cierto modo [*quodammodo*], con todo hombre”. Nosotros creemos que uno de los aspectos más fructíferos del libro estriba en provocar la reflexión en esta dirección.

Finalmente queremos subrayar una vez más el carácter “misionero” del texto del Papa: ¿a quién va dirigido? Más allá de los miembros de la Iglesia, tiene la pretensión de ser un testimonio a “todos” acerca del “Testigo absoluto” de la verdadera y justa humanidad, Cristo, quien en su vida y obras revela las cotas cada vez más altas de lo que es ser humano, una convicción que debe ser argumentada con los instrumentos de la razón. Estas “cotas” son: ser hijo del Padre de Jesucristo, el creador; ser existencia donada y agradecida y ser-en-donación; existir por y para el amor; vivir en solidaridad y empatía, ser un apasionado de la justicia; dar frutos de amor que se transformen en testigos de mi humanidad redimida (de la cual María es prototipo).

Por eso hay que estar atentos a la pregunta fundamental que se hace el hombre hoy sobre Dios, como lo subrayó Benedicto en Auschwitz el año pasado: “¿Dónde está Dios?”

Contra cualquier tentación de manipulación en relación con Jesucristo, el Papa advierte en el importante capítulo tercero dedicado al “Evangelio del reino de Dios”, que Jesucristo es el “reino de Dios en persona” (tal cual lo dice Orígenes, citado en el texto), con lo cual el acceso a Jesucristo está *mediado* por reconocer en él el secreto de Dios reinando como Padre en la historia, lo cual sólo nos es accesible -como subraya al final del capítulo mencionado-, a la luz de la “totalidad” del mensaje. Y esto es así porque en Jesús *ser y misión* se identifican, pues en estas dimensiones se hace totalmente *presente* Dios, por lo que es una ilusión pretender llegar a Jesús (v. gr. a Dios) haciendo abstracción de su reinado y del modo -y esto es a nuestro juicio muy importante- cómo nos hacemos con Él en nuestra praxis del reino a través de la oración. Y praxis del reino significa siempre el uso de la razón para discernir sus signos, su presencia y su ausencia, si es que el evangelio de Jesucristo quiere ser una palabra con sentido hoy.

Por eso, si el corazón de Jesús se abre a “todos” como oferta de verdadera creaturiedad (él es el “modelo” que tuvo Dios al crear) y humanidad, las condiciones de recepción del hombre inserto en la cultura y en la historia se transforman en un desafío positivo para hablar de Cristo. Hay pues que reconocer al Salvador extrovertido así en todo hombre.

Se trata, en el fondo, de valorar lo que el libro implica, más allá de toda tentación fundamentalista del talante que sea. De ahí pues que esta obra sea una invitación a “argumentar” a Jesucristo como *profecía* del hombre y del ser a todo hombre, desde la positividad de la revelación y la positividad de la apertura del hombre a Dios.

Esperamos que, en empatía con los deseos del Papa, este libro, en el cual el brillante uso del idioma está al servicio de la predicación que busca profundizar y provocar la fe a través de orientaciones espirituales y teológicas, tenga una “historia de los efectos” fructífera en la fe y praxis de los cristianos y de todo hombre dispuesto a escuchar palabras sobre lo definitivo que hay grabado en su corazón (el libro se puede leer casi por completo sin especiales conocimientos previos)⁹. **MSJ**

⁹ Me permito recomendar el libro de mi colega Samuel Fernández de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile de próxima aparición *Jesús. Los orígenes históricos del cristianismo del año 27 al 48 d.C.*, que ayudará a hacer la discusión de este libro del Papa aún más interesante.



Colegio Santa Catalina de Siena San Alberto Hurtado

INTEGRANTE DE LA RED EDUCACIONAL IGNACIANA



Colegio Mixto
Formación Católica
Excelencia Académica
Inglés – Exámenes Internacionales
Intercambio con Nueva Zelanda



El Rodeo 13.710, Lo Barnechea - Fono/fax 216 8964 - 243 4783

Email: colegio@santacatalina-sanalberto.cl
Web: www.colegiosantacatalina-sanalberto.cl

admisión 2008